

Don José Amador de los Ríos, Historiador de los Judíos de España y Portugal

(1818 - 1878)

Recuerdo-Homenaje en el primer centenario de su muerte

Por DAVID GONZALO MAESO

Prelusión

Entre los numerosos y relevantes títulos que avaloran la prestigiosa figura de **Don José Amador de los Ríos** (nacido en Baena el 1.º de Mayo de 1818 y muerto en Sevilla el 17 de Marzo de 1878), cuyo primer centenario de la muerte se conmemora el presente año de 1878, como hombre de letras, dejando a un lado sus estimables méritos en el campo de la Administración pública y la Política, que pronto abandonó, el que más nombradía le ha dado, sin duda alguna, es el de historiador de los judíos ibero-peninsulares, que vamos a contemplar y analizar en el presente estudio, como una contribución más, con honores de gratitud a quien tanto debemos todos cuantos nos hemos dedicado durante los últimos cien años a esta rama de la investigación histórico-literaria, casi la cenicienta hasta nuestros días en el área universitaria peninsular.

Queden para «mejor cortadas plumas» otros aspectos no menos interesantes, atractivos y beneméritos de su egregia personalidad, tales como el de arqueólogo, historiador y crítico de Arte y de la Literatura española, insigne medievalista, poeta ilustre, prosista de alto coturno, eminente profesor universitario en la Central y decano de su Facultad de Letras, de Madrid, académico de la Historia y de Bellas Artes, editor de obras de ilustres escritores castellanos (v. gr. el Marqués de Santillana), autor dramático y traductor,

Quisiéramos, como principal fruto de esta celebración centenaria y deber de justicia, la rehabilitación a su merecido nivel de este conspicuo personaje y la consiguiente reivindicación y proclamación del mérito de sus obras, tan variadas como valiosas, entre las cuales emerge, además de las específicas de nuestro tema, objeto de nuestro estudio, su **Historia crítica de la Literatura Española**, disciplina que profesó en la Universidad Central, como antecesor que fue en esta cátedra, durante treinta años, del maestro de maestros Don Marcelino Menéndez Pelayo, es decir, diez más que éste, quien hubo de renunciar a ella al ser nombrado Director de la Biblioteca Nacional (1898), el cual calificó dicha obra como «trabajo hercúleo».

A este propósito quisiéramos llamar la atención, ya desde este preámbulo, sobre una rectificación apremiante en orden a la debida valoración del personaje que nos ocupa, sometiéndola a la recta consideración de los críticos literarios y profesores de Letras y Arte. La avasalladora personalidad de Don Marcelino, para quien toda admiración y encomio nos parecen pocos, y sin culpa alguna del mismo, sino por obra de cierto exclusivismo y hasta diríamos espíritu gregario en la crítica literaria o rutinarismo en la docencia, al igualar tantas otras ramas, anuló en gran parte la valía de beneméritos autores, como nuestro Amador de los Ríos y sus meritorias obras. Lo propio diríamos, de paso, respecto al atildado prosista, esclarecido novelista y depurado crítico, Don Juan Valera, entrañable amigo de ambos, y del cual hemos de hacer destacadas citas a lo largo del presente estudio. Sería muy deseable, a nuestro juicio, en honor a la justicia y con el fin de ensanchar el círculo de visión en el enjuiciamiento de cuestiones, problemas y autores, que los historiadores de la Literatura y del Arte —en el campo del Judaísmo hispano ya se le reconoce a nuestro autor indiscutible hegemonía o por lo menos prioridad entre otros, por su meritísima aportación— entreveraran o resaltaran debidamente los juicios y autoridad de Don José Amador de los Ríos y del mencionado Don Juan Valera, como igualmente de todos cuantos sean merecedores de tal distinción, de indiscutible provecho para el mejor esclarecimiento y más amplia visión de los problemas históricos y literarios, como los luminosos y clarividentes de Don Marcelino, que si a veces pueden parecer y realmente son definitivos, en ocasiones será conveniente contrastar con otros no menos estimables, formulados antes o después de él.

Esta advertencia nos parece obligada para que nadie estime exagerados los elogios que en el curso de nuestro trabajo podamos tributar al personaje que nos ocupa, o los que anteriormente y con justicia otros le hayan

otorgado y que procuraremos recoger.

Digamos también de paso que la crítica, consignada sobre todo en las grandes Enciclopedias, judías o generales más recientes, aún reconociendo los justos méritos de nuestro historiador de los judíos, ha estampado algunos juicios totalmente erróneos, como es el de parcialidad antijudaica, que después refutaremos, o ha exagerado los defectos —a través de nuestro prisma—, imputables en gran parte al gusto de la época, que se han desorbitado, considerándolos como vituperables lunares de lenguaje y estilo, como son la «redundancia fraseológica», también señalada ocasionalmente por nosotros, e igualmente los inevitables errores de enfoque, apreciación o información que el siglo transcurrido desde la aparición de su obra magna, siglo y tercio desde la que a ésta precedió, haya puesto en evidencia.

Diremos, finalmente, que siempre hemos creído, a propósito de la celebración de los centenarios de ilustres personajes o resonantes sucesos históricos, son ocasión propicia para intentar algunos positivos resultados en pro de la verdad, la justicia y méritos auténticos de los protagonistas y de sus lucubraciones, así como de la debida honorificación por parte de los **nepotes eorum**, como recuerda el Eclesiástico, al celebrar a los **viros gloriosos** de Israel.

En esta tesitura, debemos alabar el rasgo de la Real Academia de Córdoba, que no solamente celebró el día 17 de Junio del año en curso una sesión conmemorativa de este centenario, patrocinada por la Excelentísima Diputación Provincial, sino que ha tenido el buen acuerdo de publicar este número monográfico de su Boletín, dedicado al ilustre baenero. Esto nos recuerda, como obligada referencia —sin ningún género de censura por nuestra parte— lo que el antes mencionado Don Juan Valera escribía en 1880, en el **Prólogo** a las **Poesías** de Amador de los Ríos: «Jamás, que sepamos, hizo nada Baena por el antecesor de Menéndez Pelayo en la cátedra de Literatura Española de la Universidad Central». Con fina ironía el ilustre crítico y novelista, diplomático de profesión, refiriéndose a la ciudad natal de Amador, y de otras poblaciones próximas, a las que se confiesa especialmente vinculado: «Aquellos lugares son fecundos en hombres que vienen luego a figurar en Madrid como literatos y como poetas; pero, sin duda por estar ya muy acostumbrados a esas glorias, no les dan importancia» (**Obras completas**, t. XXV, 87-88).

Como fuentes bio-bibliográficas para un conocimiento, al menos somero, de nuestro autor, tenemos, aparte de sus mismas obras, los sucintos apuntes incluídos en las susodichas Enciclopedias y el **Historial de la Fa-**

cultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (Ensayo bio-bibliográfico) (Madrid, 1956), por Pilar Parra Garrigues (pp. 376-378), en que lamentamos varios errores de bulto (1).

Los títulos anteriormente enumerados, que mercedamente ostenta Don José Amador de los Ríos, son claro exponente de sus múltiples y variadas actividades, polarizadas en la triple rama de Historia, Arte y Literatura, como investigador infatigable y hombre de Letras, que hacen de él un verdadero polígrafo, desplegando un panorama en cierto modo todavía más polícromo en materias que el del mismo Menéndez Pelayo, aún cuando no pueda competir con él en cuanto a densidad y profundidad, aparte de otros aspectos. Ha de tenerse en cuenta, no obstante —y nada más lejos de nuestro ánimo que intentar extemporáneas comparaciones—, que nuestro autor es anterior en medio siglo al que fue sucesor suyo en la cátedra de Literatura del Doctorado de la Universidad matritense.

Se le ha reconocido como el primer historiador que realizó un estudio serio sobre los judíos españoles a base de fuentes documentales extraídas de los archivos generales. Téngase en cuenta que tanto la gran **Historia de los Judíos**, de H. Graetz, precedida en varios años por los primeros estudios sobre los judíos españoles de nuestro autor, como otras varias, aparecidas con posterioridad a la **Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal**, objeto de nuestro estudio, v. gr. la de S. Dubnow (10 vols. 1929) (2), abarcan todo el Judaísmo en general, y la de Fritz Baer, **Die Juden in christlichen Epanien** (1929-1936), posterior en medio siglo a la de Amador de los Ríos, es más bien una colección, muy valiosa ciertamente, de documentos desde el siglo IX hasta el XIV, y, a tenor del

(1) Como curiosidad digna de consignarse entre las incidencias, a veces cuasi-novelescas, de la investigación, diremos que en la **Gran Enciclopedia Rialp** (GER) hemos visto, tras la breve nota dedicada a nuestro historiador, como única indicación bibliográfica: "Biografía de **Don José Amador de los Ríos**, por P. Sáinz Rodríguez". — Tras infructuosas pesquisas en varias bibliotecas, nos decidimos a consultar al presunto autor de tal biografía, el ilustre bibliólogo y polifacético investigador, catedrático que fue de la misma Facultad que nuestro autor. Amablemente nos manifestó, en conferencia telefónica, que, en efecto, él compuso ese trabajo y lo presentó a un concurso convocado con motivo del centenario (del nacimiento) del insigne baenero. La obra fue premiada, pero no llegó a publicarse, y, lo que es peor, se perdió durante nuestra guerra civil de 1936-39. — Añadió que actualmente está preparando una obra de gran envergadura sobre la historia de la Retórica, en la que se ocupa con cierta extensión, de nuestro autor, incluyendo en ella todo el contenido de aquel su primer trabajo. Hacemos público desde aquí nuestro agradecimiento a Don Pedro Sáinz Rodríguez por su puntual información, al par que deseamos la pronta aparición de la citada obra.

(2) Puede verse abundante bibliografía en nuestro **Manual de Historia de la Literatura Hebrea**, págs. 347-350.

título, solamente de los reinos de Aragón y Navarra (t. I) y de Castilla (t. II), aparte de su enfoque, limitado al aspecto sociológico-político, no al cultural y literario, en que tanto hincapié hace nuestro historiador, y, añadamos también, del sino adverso de la obra de F. Baer, rehecha posteriormente en hebreo (Tel-Aviv, 1945), edición más conocida en su versión inglesa.

Pero no queremos anticipar datos y juicios acerca de nuestro historiador, que, con latitud y proyección global, formularemos después, y pasamos, tras este preámbulo, a la exposición de nuestro tema concreto.

HISTORIADOR Y LITERATO

Las dos facetas predominantes, dentro del marcado polifacetismo de Don José Amador de los Ríos, de proyección simultaneada tanto en la investigación como incluso en la docencia, dentro de las exigencias de su cátedra, conjugadas con su innata vocación primera, fueron la de **historiador** (y docente, labor que representa en cierto modo una especie de re-vivificación y re-creación de la materia profesada) **de la Literatura española**, en su más alto nivel, como es el Doctorado universitario, y la de **historiador de los judíos de España y Portugal**, rama ésta a la que se dedicó desde su juventud hasta el final de su vida, apenas sexagenaria. En ambas dejó una magna labor realizada, pero inconclusa, cronológica o específicamente.

Numerosas publicaciones, encuadradas en el primero de esos dos marcos, atestiguan el ferviente interés de nuestro autor hacia los estudios de Historia literaria, como base y complemento de la cotidiana labor de cátedra. Sobresale entre todas su gran **Historia crítica de la Literatura española** (en 7 vols. Madrid 1861-1867; edic. facsímile por Editorial Gredos, 1969), desgraciadamente sólo mediada, puesto que no pasó de la época de los Reyes Católicos. Aunque los copiosos y magistrales estudios posteriores de ilustres maestros, que bien pueden ser considerados, sin mengua del mérito propio, como discípulos y continuadores de Amador de los Ríos, arrumbaron prácticamente en injusto olvido tan meritoria y gigantesca obra, no han faltado eruditos que reconocieron y proclamaron los innegables valores de esa Historia. Recordemos que ni Don Marcelino Menéndez Pelayo ni don Ramón Menéndez Pidal, los dos gigantes de la Literatura y la Filosofía hispánica de las décadas subsiguientes, acometieron la realización de una historia de conjunto de la Literatura española,

ni aun de las Edades Antigua y Media, a las que se contrae, por inconclusa, la Amador.

Recordemos asimismo que fue su libro **Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España** (Madrid, 1948), publicados primero parcialmente en la «Revista del Español», desde 17-IX-1845, hasta 16-II-1846, el que le abrió las puertas del profesorado universitario, y precisamente en la cátedra de Literatura Española, como él mismo refiere al principio («Al lector») del libro I de su *Historia de los judíos*, obras ambas de las que seguidamente vamos a ocuparnos. En dichos **Estudios**, así como en sus notables **Poesías**, que empezó a publicar cuando frisaba en los veinte años, acreditándose de excelente poeta, y numerosos otros trabajos literarios de varia índole, en verso y prosa, que le granjearon fama de eximio literato y erudito investigador, puso ya de manifiesto su sobresaliente valía, que fue cumplidamente recompensada. «Primero —nos cuenta él mismo (*loc. cit.*)— la Real Academia de la Historia, inscribiendo mi nombre en el catálogo de sus individuos de número previo el examen de la parte histórico-política de la indicada obra, honra por demás satisfactoria para mí; después el Real Consejo de Instrucción Pública, conceptuándome por voto unánime, en virtud de un detenido análisis, así del referido primer ensayo, como de los restantes, que ofrecían un carácter científico-literario, merecedor de obtener en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central la cátedra de Literatura Española, propia de los estudios del doctorado, como una recompensa de justicia», según el «Plan general de Estudios de 8 de julio de 1847, a la sazón vigente.

El mencionado prologuista de las **Poesías** de nuestro personaje dice de pasada, en abono de su tesis afirmativa de la perfecta compatibilidad del talento poético con las arduas tareas científicas y de investigación: «el autor de la **Historia crítica de la Literatura española**, de la **Historia de los judíos**, y de tantas obras de erudición, que presuponen largos estudios, suma diligencia, asiduo trabajo y mil prendas esfuerzos...» (*loc. cit.* pp. 84-85).

Sobre la primera de esas dos *Historias* apuntaba J. Cejador: «Muchas cosas se han escrito desde entonces, pero él señaló las fuentes principales y no ha tenido hasta ahora digno continuador». Armando Cotarelo, por su parte, insiste: «Penetró mucho más adentro en el campo que todos los que le habían precedido, allegando un caudal inmenso de noticias y observaciones nuevas, derivadas del largo y detenido examen de los textos». En la **Historia de la Literatura española**, de Hurtado-G. Palencia, se estampa este juicio: «Para su tiempo representa un esfuerzo extraordi-

nario. Su amor a la Edad Media era grandísimo y ésta obra sirvió para preparar trabajos que sin ella se hubieran retrasado o dificultado». Este es un aspecto destacable, sin duda, pero el valor de la obra no ha prescrito, y tal vez pudiera aplicársele el conocido dicho simbólico del «arco de Ulises», que nadie más que él era capaz de tensar. Gerardo Diego, en la **Historia de la Literatura universal** (Edic. Atlas, «Literatura española», Madrid, 1946, pág. 610) se limita a decir, con lacónica pero expresiva frase: «Inicia la Historia panorámica y lenta de nuestras Letras en los siete volúmenes de su Historia crítica, que se detiene al llegar a la Edad Moderna». No es menester aclarar que no «se detuvo» el autor deliberadamente, sino que fue la Parca implacable quien detuvo su mano, y quizá también contribuyó a ello su interés por ultimar la **Historia de los judíos**, tarea que consideraba como cuestión de honor y de conciencia, en vista de las razones que expuso en el prólogo a la misma, a que antes hemos aludido.

En cambio, Angel Valbuena, que le menciona una veintena de veces en su **Historia de la Literatura española** (en 3 vols. 6.^a edic., Barcelona 1960), con notorio descuido o vituperable menosprecio no le dedica ni una línea en sus aspectos de historiador y literato, limitándose en dichas citas o notas bibliográficas escuetas a consignar algunas de sus obras, principalmente la **Historia crítica**, tras la advertencia: «Consúltese» o «Véase», lo cual encierra evidente contradicción. Tan solo le reconoce una vez, de pasada como «estimable en su orden» (t. III, pág. 358). Nada más.

El juicio más completo y cabal, el más estimable asimismo desde varios puntos de vista, es el que dejó estampado en dos estudios críticos sobre el autor, sobre sendas obras del mismo (**Historia de los judíos**, 1878, y **Poesías**, «Prólogo», 1880), su amigo «de hacía muchos años», y además «todo lo que puede imaginarse de más paisano», por tres costados, que menciona: Don Juan Valera. Habla el ilustre crítico del autor de esas **Poesías**, que hacía dos años había pagado su tributo a la muerte, «de su saber y su fama como sabio», aparte de reconocerle como auténtico e indiscutible «buen poeta», y pondera asimismo «la corrección, lo castizo del lenguaje, la dicción poética adecuada a cada género, la maestría en versificar y la abundancia de imágenes». En otro orden de cosas, encomia, dentro de su producción poética —«un tomo de trescientas páginas»—, algo tan íntimo en la persona que forzosamente ha de irradiar y manifestarse en todos los escritos de un autor, «la templanza de sus opiniones o doctrinas políticas y hasta la prudente circunspección con que trataba las cosas de fe o dejaba entrever sus principios religiosos», así como también «su justo medio», si bien «el amor a la patria —añade— tal vez le hace

incurrir en demasías, aunque disculpables», siempre en el ámbito puramente poético. Pone de relieve, asimismo, a propósito de la profunda emoción que despiertan algunas de sus composiciones, la feliz conjunción de «el entusiasmo del poeta, el del arqueólogo artista y el del literato, reunidos los tres en uno».

También resalta el valor de varios **romances**, «históricos casi todos, como los del Duque de Rivas, y algunos nos atrevemos a sostener —dice— que en nada inferiores a los del Duque, así por la gala y naturalidad del estilo, como por las descripciones de armas, sitios, trajes y costumbres». Sintetizando, por lo que al lenguaje y estilo se refiere, dice el eminente crítico, confesando a seguida su «parsimonia y circunspección para dar alabanzas»:

«En mi opinión, no desmerecen de sus obras en prosa: antes noto en las **Poesías** cierta ventaja. En la prosa, el excesivo caudal de erudición, el afán de que nada se quede por decir y el empeño de que no haya punto obscuro que no dilucide la crítica hacen a veces al autor, para lectores impacientes, un tanto difuso. En sus versos, Amador de los Ríos es conciso y sobrio» (pág. 104).

Aclaremos que todos estos juicios, emitidos como prologuista de las **Poesías** de nuestro autor, nos interesan desde nuestro punto de vista, no ya solamente porque nos ofrecen un perfil muy ajustado y exacto de la personalidad del mismo, sino porque las cualidades apuntadas tienen de algún modo su reflejo o están subyacentes en las dos obras histórico-literarias que han conferido a José Amador de los Ríos su merecido título y fama de preclaro historiador de los judíos iberopeninsulares. Seguidamente completaremos el juicio de Valera sobre nuestro autor a base del artículo específico dedicado a su **Historia de los judíos**.

Asimismo, por lo que a su **Historia crítica de la Literatura española** más en concreto se refiere, diremos que hemos recogido los precedentes juicios, no tanto por lo que en sí representan como valoración de la misma, materia que se sale de nuestro tema, cuando por la analogía que puede establecerse, y la aplicación en ciertos aspectos a sus dos obras de **Historia de los judíos**, en las cuales campean la misma probidad científica, imparcialidad de criterio, amor a la verdad y concienzuda pesquisa de documentos y fuentes en que basa sus asertos e información.

HISTORIADOR DE LOS JUDIOS

Esta es la faceta que especialmente nos interesa destacar en el presente estudio acerca de Don José Amador de los Ríos, la que le ha dado más nombradía, y en la que mostró más acusada originalidad como investigador en el terreno histórico. Lógicamente es también en el único aspecto en que suelen fijarse los historiógrafos judíos, así como las grandes Enciclopedias judáicas, dentro de la obligada brevedad del genero.

Dos son, como de las anteriores páginas se deduce, las obras históricas realizadas por el sabio investigador y polifacético escritor referentes a los judíos españoles, o más exactamente, de España y Portugal:

- 1.^a) **Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España** (Madrid, 1848), parcialmente dados a luz tres años antes, como queda dicho, y traducidos al francés por De Magnabal, «apasionado cultivador de las Letras españolas» (A. de los R.), reimpresos en 1942, según la Encyclopaedia Judaica (Jerusalem, 1971; **non vidi**);
- 2.^a) **Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal** (en 3 tomos, Madrid, 1875-1876, dos años antes del fallecimiento del autor, y veintisiete después de los **Estudios**, como él mismo afirma al principio del prólogo («Al lector»). Son de notar su magnífica presentación tipográfica y lujosa encuadernación. Una segunda edición apareció en Buenos (1945), en dos tomos, y una tercera en Madrid (1960, Aguilar, Sdad. An.^a de Edics., XX-1109 pp. y 22 ilustraciones, adicionada con 3 cómodos índices alfabéticos, onomástico, vario y bibliográfico; reimpr. 1973). Por esta última citamos.

Aunque la primera de estas dos obras, los **Estudios**, quedó bastante postergada y hasta casi olvidada, tras la aparición de la **Historia**, la cual, sin embargo, no tuvo la fortuna de ser traducida a ningún idioma extranjero, como lo fuera al francés su precursora, no debemos olvidar que «aquellos primeros ensayos», «acogidos en todas partes con extremada benevolencia», dice el autor, «así en la Península como fuera de ella» —detalle que importa muy mucho resatar—, fueron parte principal en su encumbramiento dentro de la esfera oficial de la alta cultura, facilitándole en primer término el ingreso en la Academia de la Historia, en temprana

edad, y el mismo año en la Universidad Central, en el alto sitial que dignamente ocupó por espacio de seis lustros. En la Academia de Bellas Artes de San Fernando fue admitido diez años después (1859); en cambio, no figuró en la R. Academia de la Lengua, aunque creemos le sobran méritos para ello, y no faltaría oportunidad durante los treinta años que regentó la susodicha cátedra de Literatura española.

Respecto al éxito editorial y de crítica en la valoración de los **Estudios**, aparte de lo que dejamos indicado, importa recordar las razones que el propio autor señala al principio de la **Historia** para negarse reiteradamente a efectuar una nueva edición castellana, cuando transcurridos apenas ocho años desde que salieron al público, y más de cinco sin que hubiera un ejemplar en el mercado», a cuyas demandas satisfacía únicamente la susodicha edición francesa, fue invitado con insistencia para dicha empresa. El pundonoroso historiador no podía contentarse con la simple reedición de esos **Estudios** «sin someterlos a muy prolijo y aún despiadado examen». «Parecíame —añade— insuficiente y poco benemérita de los estudios históricos la simple reproducción de aquellos primeros ensayos, por lo mismo que habían sido acogidos en todas partes con extremada benevolencia». Sentíase además «movido de la obligación —escribía— para mí respetabilísima, de tomar en cuenta las advertencias de la crítica, tanto más dignas de acatamiento cuanto han sido más francas, nobles y espontáneas; alentado de igual modo por las fructuosas investigaciones literarias que sobre los judíos de España han realizado desde el citado año de 1848, tanto en Francia como en Alemania, muy doctos escritores, ora cristianos, ora de raza hebrea».

Conviene, asimismo, recordar que dichos **Estudios** o ensayos abarcan más y menos, mayor extensión y menor comprensión (en sentido lógico), que la **Historia**, como de los respectivos títulos se refiere, y pondremos de manifiesto en el esquema de una y otra obra

El benemérito historiador, al par que profesor de Literatura española, que en su **Historia crítica** de ésta esmaltó sus páginas con no pocos datos de interés relativos a los escritores hispanojudíos, como reiteradamente anota en su **Historia de los judíos**, prueba inequívoca de su constante preocupación por esta rama, abrigaba el propósito de publicar, en su día, una **Historia científica y literaria de los judíos de España y Portugal**, que fuera gemela de su **Historia social, política y religiosa...**, a la que en primer lugar dedicaba sus doctas vigiliias y afanosas investigaciones, obra que no

pudo realizar, ni siquiera empezar, salvo el acopio de datos abundantes, según él mismo advierte (3).

Abarcan los **Estudios políticos y literarios sobre los judíos de España** tres partes bien marcadas, o ensayos, como el autor los denomina también, cuyo esquema por él esbozado, es el siguiente: 1.º), que abarca diez capítulos, reseña histórico-política de la nación hebrea, desde su venida a España hasta su expulsión por los Reyes Católicos; 2.º), doce capítulos, bosquejo de la literatura judaica en las cuatro épocas que en la 1.ª parte ha distinguido; y 3.º), once capítulos, compendio de los más notables escritores que florecieron en las demás naciones de Europa, «después de aquel grande acontecimiento» y que escribieron en idioma castellano, así como aquellos otros que permanecieron en España. La **Conclusión** final, muy breve, contiene un ligero apunte sobre el estado de los judíos desde principios del siglo XVIII hasta mediados del XIX.

Quizá no sea ocioso hacernos eco de la advertencia que el propio Amador de los Ríos se creyó en el deber de consignar, con respecto a una **Historia de los judíos de España**, pequeño volumen dado a luz en Cádiz el año 1847, por «el aplicado y joven literato Don Adolfo de Castro», que fue miembro de la Academia de la Historia y murió en 1898. Se justifica

- (3) Las referencias son claras y explícitas, y vale la pena transcribirlas. "**La Historia científica y literaria de los judíos de España y Portugal** exigía de mí, en consecuencia, dados los **Estudios** de 1848, no menor empeño y cuidado, y a su ordenación y esclarecimiento he consagrado también largas vigilias, de que ha ofrecido algunas muestras mi **Historia crítica de la Literatura española**" (**Prólogo al I libro**, pág. 7).

"Mientras llega el momento de dar a luz la **Historia científica...**, sobre que tenemos hechos largos trabajos, remitimos a nuestros lectores al Ensayo II de nuestros **Estudios...**" (**Ibíd. Introducción**, pág. 22 n. 2).

"El libro de **Cuzary...** es digno de muy detenido estudio en la historia científico-literaria de los judíos españoles, y en ella le consagraremos especial capítulo, si nos fuere dado dar cima a esta obra, de que hemos hecho ya mención repetida" (**Ibíd libro I**, cap. VII, pág. 167 n. 1).

Hablando de un hijo de Estella, R. David D'Estilháh, dice: "Si nos fuere dado sacar a luz la **Historia científica...** tal como la tenemos anunciada a nuestros lectores, le consagraremos en momento oportuno el merecido recuerdo" (**Ibíd; libro II**, cap. III, pág. 378, n. 3).

Apenas parece necesario advertir que, por nuestra parte, no hemos visto más noticias ni rastros de tales "largos trabajos", que indudablemente encerrarían excepcional interés y utilidad.

Séanos lícito añadir que la obra proyectada, pero no llevada a efecto por el sabio historiador y catedrático de Literatura española, hemos podido realizarla, al menos en parte, al incluir en nuestro **Manual de Historia de la Literatura hebrea** dieciséis capítulos de cierta extensión (alguno, como el dedicado a Maimónides, de cerca de veinte páginas) que abarcan en un centenar y tercio de páginas la literatura hebreicoespañola medieval (**Editorial Gredos**, Madrid, 1960).

nuestro autor de cualquier sospecha de plagio o de haber tomado de dicha *Historia* la idea de sus **Estudios** alegando que «desde el 17 de noviembre de 1845 se comenzó a dar a luz en la «*Revista del Español*» una serie de artículos que terminó en el número correspondiente al 16 de Febrero del siguiente año». En todo caso, arguye, más bien pudo ser a la inversa, si bien el plan de uno y otro libro es bien distinto. En suma, concluye, «no hay entre una y otra publicación el más leve contacto». Aclaremos de paso la errónea afirmación de la E. J. C. (t. II, pág. 589), de que la obra en cuestión sea «la primera historia breve de los judíos en España, basada en estudios concienzudos y en la que hizo esfuerzos sinceros (**el autor**) para ser imparcial» Hay traducción inglesa por el Rev. Edward Kirwan (Cambridge, 1851).

Ya anteriormente hicimos notar la importancia de esta primera aportación de Amador de los Ríos a la *Historia* política y literaria de los judíos españoles y la favorable acogida que obtuvo, «sin duda muy superior a su mérito», escribía modestamente el autor, citando a seguida ilustres críticos e historiadores extranjeros, con diversos otros detalles, manifestando asimismo haber sido favorecido «ora extractando los expresados ensayos en revistas y diarios, ora traduciéndose parcialmente», e incluso entre «los judíos de Constantinopla, imprimiendo en caracteres rabínicos la parte histórica, que constituía el primer ensayo».

En el mismo lugar, «Al lector», de su *Historia*, a donde remitimos, consigna nuestro autor un testimonio de especial valía y superior significación, «las benévolas palabras con que se dignaba acoger los referidos **Estudios** uno de los más ilustres varones del presente siglo y padre de la crítica literaria: «Vi ya con mucho placer —me escribía el sabio Don Alberto Lista en 2 de Julio del expresado año (**consigna Amador**)— sus trabajos de Vm. sobre la historia, literatura y civilización de ese pueblo de Dios, tipo un tiempo de lo que ha de ser algún día todo el género humano. Siempre he creído que todo literato debe emprender una obra seria y difícil, que sirva como demanda testamentaria a la posteridad. Yo no he podido hacerlo, pero me alegro de que Vm., y otro amigo que tengo en esa corte, lo hagan» (pág. 5).

A pesar de tan halagüeños testimonios, no quiso el concienzudo historiador limitarse a una simple reedición de tales **Estudios**, ni siquiera completándolos o ampliándolos, sino que más bien hubieron de servirle de acicate para perfeccionar la obra emprendida desde hacía tantos años, con tan faustos auspicios, en los términos que seguidamente expone, trabajos que, al cabo de cerca de seis lustros, cristalizaron felizmente en su gran

Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal (1875-1876), de la que a continuación nos ocupamos, la más citada moderadamente entre sus numerosas y variadas producciones, y a la que debe el autor su continuada nombradía y autoridad en estas materias, vigente todavía, al cabo de un siglo, y que aún no ha sido suplantada ni sustituida.

Es ésta una obra de gran envergadura y colosal empeño, mayor quizás por la materia y circunstancias, a pesar de su menor volumen, que su antes mencionada **Historia crítica de la Literatura española**, también muy elogiada, como hemos visto, y creemos, asimismo, ha tenido más halagüeña fortuna, aún reconocido el mérito y utilidad de ésta, por las razones antedichas.

Publicóse, como ya hemos indicado, en tres abultados tomos, que en la edición de Aguilar (1973) se han reducido a un solo volumen, de más de mil páginas en 4.º, de apretada tipografía, aunque de excelente presentación y clara legibilidad. El primer libro (I vol.), tras un prólogo («Al lector») y una **Introducción**, se narra en 10 capítulos la historia de los judíos de la Península Ibérica, desde su establecimiento en este suelo hasta la muerte de Alfonso X el Sabio. En el segundo, 10 capítulos igualmente, desde esa fecha, finales del siglo XIII hasta principios del XV, o más bien casi mediados. Abarca el tercero desde esa época hasta la fecha tristemente memorable de la expulsión (1492), también en 10 capítulos, a los que sigue, como remate, una larga **Conclusión** (pp. 831-855). A lo largo de toda la **Historia** se insertan, en largas notas al pie, interesantes consideraciones, citas y notas bibliográficas, alusivas principalmente a las fuentes consultadas, o instructivas referencias.

El primero, y por cierto muy autorizado juicio acerca de la **Historia de los judíos** fue formulado por Don Antonio Cánovas del Castillo, el famoso estadista, formidable orador, (le llamaban «el monstruo»), poeta notable, conspicuo historiador también e ilustre literato, en su discurso de apertura de los cursos que se profesaban en el Ateneo Científico y Literario de Madrid (25 Nov. 1871). Nuestro autor dice en nota (pág. 6, del libro I de su **Historia**): «Conste aquí nuestra gratitud y con ella el hecho de que en el invierno de 1870 hicimos ya conocida del muy ilustrado público que concurre a las cátedras del Ateneo la presente **Historia**». Trátase, pues de un juicio expresado públicamente cinco años antes de que apareciera la obra en cuestión, y no deja de ser interesante el dato de que el docto catedrático de Literatura Española del doctorado de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid impartiera por aquellos años lecciones de Historia de los judíos en el prestigioso centro ateneísta. La encomiástica

mención de Cánovas se cifró en las siguientes palabras: «Los estudios de grave y profunda erudición y lata crítica han merecido aquí singular atención en el pasado año, durante el cual se ha explicado sabiamente la **Historia social, civil, política y religiosa de los judíos de España y Portugal**, etc».

Digamos, ante todo, que, en términos generales, desde la aparición de esta obra cumbre de la Historiografía hispanojudía, y aún antes, como queda dicho, hasta nuestros días, las apreciaciones formuladas acerca de su mérito han sido unánimemente favorables. De ellas se hacen eco y las confirman las Enciclopedias judías o generales modernas. Veamos algunas de ellas.

The Universal Jewish Encyclopedia (New York, 1969, t. I. pág. 218) reconoce que en ella se contienen muchos datos acerca de los judíos y que su autor fue el primer historiador que realizó un estudio sobre los judíos españoles a base de archivos generales, y con la mira de resaltar las relaciones de los judíos con el entorno hispano».

La reciente **Encyclopaedia Judáica** (Jerusalem, 1971, t. I, col. 787) dedica a nuestro autor catorce líneas, y en ellas se dice primeramente que los «**Estudios** «constituyeron una de las primeras aportaciones serias respecto a los judíos españoles», y referente a la **Historia**, que «es la primera de gran alcance sobre el tema, basada en fuentes documentales».

La **Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana** (Espasa, t. 51, 1967, pp. 750-751) dice, generalizando un poco vagamente: «Como todas las obras históricas, la de De los Ríos ha envejecido, sobre todo teniendo en cuenta los derroteros de la crítica moderna; pero, así y todo, no merece el olvido».

La **General Enciclopedia Rialp** (GER, t. I, 1971, pp. 781-782) transcribe lo fundamental de la anterior, más algunos datos del susodicho **Historial de la Fac. de F. y L. de Madrid**, añadiendo algún detalle sobre el autor y su hijo, así como el lapsus bibliográfico antes apuntado. De nuestro historiador dice: «laborioso e inteligente investigador; como escritor, su estilo es difuso» (conceptuación copiada de Valera, aunque no bien interpretada). Sobre la referencia a la **Historia de los judíos** de I. Baer, habría que hacer alguna rectificación y aclaraciones.

La **Enciclopedia Judáica Castellana** (México, t. I, 1948, pp. 245-246) dedica a nuestro personaje tres columnas, si bien más de la mitad consiste en fragmentos de la Introducción de sus **Estudios**. Aparte de la nota bio-bibliográfica, sintetiza el juicio sobre el mismo en estos términos:

«Es la obra del historiador español, tanto por la tendencia imparcial y liberal que muestra, como por los muchos datos que ofrece, y pese a algunos errores debidos a que recurre quizá con demasiada frecuencia a Rodríguez de Castro, que no constituye fuente muy segura, de considerable valor para todos los que se interesan por la historia de los judíos en general y de los judíos españoles en particular. Por esa razón las obras de Amador de los Ríos han constituido rica fuente para estudios posteriores, como, por ejemplo, los de Graetz y de muchos otros historiadores judíos. Su mérito consiste en haber sido el primero en emprender el estudio de la historia judía en España basándose en la historiografía española».

Siguen a continuación unas apreciaciones que en el apartado siguiente trataremos de rebatir, por estimarlas erróneas e injustas. En cuanto a la tacha de que «recurra quizá con demasiada frecuencia a Rodríguez de Castro», nos parece exagerada, dada la abundancia de fuentes y documentos a que constantemente hace referencia y las escasas citas que hace del autor de la **Biblioteca rabínica española**

Pero el estudio más completo acerca de la **Historia de los judíos**, de Amador de los Ríos, aún restringido al primer tomo, lo debemos asimismo a la docta pluma de Don Juan Valera, quien dedicó a la misma uno de sus magistrales artículos de crítica literaria (**Obras completas**, t. XXIV, años 1873-1878, fechado en Madrid, 1878; pp. 135-154). Notemos que su atención se centra en el tomo primero, y añade: «En correspondientes números sucesivos examinaremos los t. II y III», propósito que, al parecer, no se llevó a efecto

Empieza reconociendo a nuestro personaje como «discreto (**en mejor y más exacta acepción que la actualmente vulgarizada**), infatigable y erudito autor de muchos libros, entre los cuales destaca la susodicha **Historia crítica de la Literatura española**, y los **Estudios políticos y literarios sobre los judíos en España**, libro del cual dice alcanzó «en nuestro país y en tierras extrañas éxito tan merecido como lisonjero entre los doctos y los apasionados al estudio de la Historia» (en general, no ya solamente a los interesados en la judáica). Y prosigue: «El asunto era nuevo e interesante y estaba tratado con muy imparcial juicio y con selecta y atinada erudición» (pág. 136).

Añade seguidamente que «el trabajo del Sr. Amador de los Ríos era, no obstante, incompleto; abarcaba demasiado asunto para tan pocas pá-

ginas», por lo cual, y para subsanarlo, acometió después la magna obra representada por su **Historia**. Reconoce entre sus méritos como historiador el de ser «imparcial y frío» (yo diría «a lo Tucídides», aún cuando en el estilo sea su antítesis), y alaba su «circunspección y cautela», así como la copiosa y pertinente erudición, exquisita sagacidad y sumo tino.

Conviene advertir, sin que ello merme lo más mínimo el valor de ese estudio, es más bien que un análisis de las características de la obra, una serie de cuadros comentados, tomados de la misma. El mismo afirma: «Nos es imposible dar en tan breve espacio una idea cabal de la obra del Sr. Amador de los Ríos, pero no podemos resistir al deseo de seguir haciendo de ella un ligero extracto» (pág. 150).

En suma, afirma de esta obra cumbre del ilustre historiador: es «la mejor, en nuestro sentir, del fecundo escritor y catedrático de esta Universidad Central» (pág. 154), y, como remate, recomienda la adquisición de la misma y «el estudio de un libro lleno de noticias, escrito con elegancia, pensado con discreto y nada parcial juicio y fundado en el estudio detenido y diligente de todos los documentos y fuentes históricas» (pág. 154).

CRITICA DE LAS CRITICAS FORMULADAS A LA **HISTORIA DE LOS JUDIOS DE J. AMADOR**

Dos tipos de censuras se han lanzado contra esta obra de nuestro preclaro historiador y elegante prosista: unas atinentes al contenido de la misma y criterios que la animan, y otras relativas al lenguaje y estilo en ella empleados. Vale la pena de analizarlas y, al menos en parte fundamental, refutarlas o reducirlas a su verdadero valor.

Las del tipo primero provienen principalmente del campo judío. **The Universal Jewish Encyclopedia** añadía al juicio que anteriormente dejamos transcrito: «Aunque su manejo de los materiales no era satisfactorio y las perspectivas por él apuntadas a menudo erróneas, fueron utilizados por Graetz y se generalizaron entre los autores judíos hasta el día de hoy. Su conocimiento de la vida judía no era muy amplio y lo que es más importante, a menudo revela una falta completa de simpatía hacia el Judaísmo».

La **Encyclopaedia Judaica** agregaba al breve juicio antes estampado: «Aunque contiene errores en orden a los hechos e interpretaciones tendenciosas, sus obras son de fundamental importancia».

En la misma línea o ángulo de visión afirma la **Enciclopedia Judaica Castellana**: «Sus puntos de vista son frecuentemente erróneos y está de-

masiado influenciado por los prejuicios que tanto abundan en el material histórico de la Península Ibérica. Su tratamiento no revela simpatía hacia los judíos». Fácilmente se adivina en estas apreciaciones de la E. J. C. resabios de indiscriminada copia de la U. J. E., varios años anterior.

Englobando estos tres juicios y otros similares de análoga procedencia y transcripción, diremos que nos parece absolutamente injusto y errónea atribuir gratuitamente al concienzudo y sincero historiador una actitud sistemáticamente opuesta al Judaísmo, que, por otra parte, contradice no ya sólo la serena e imparcial lectura de su obra, sino toda su vida, consagrada casi diríamos «románticamente» a un tema apenas tocado antes de él. Cuando publicó sus **Estudios**, primera y valiosa contribución, en la indicada revista, aún no contaba los treinta años, y en ellos había venido trabajando durante bastante tiempo con entusiasmo y tesón, que no le abandonaron durante todo el resto de su vida, con la única mira de dar a conocer esa maravillosa historia hispanojudía y acuciado por un entrañable amor a la verdad y a la cultura medieval.

En cuanto a errores o inexactitudes que puedan sorprenderse en una obra histórica de tamaña envergadura, de especiales dificultades es vuestro caso y ya centenaria, es un achaque común a cualquier trabajo de investigación de esta u otra índole, y pretender lo contrario equivaldría a negar la realidad del **dies diem docet**. Hay obras que al salir de prensas ya contienen palmarios errores (otros se ponen de manifiesto a compás de ulteriores descubrimientos), y en nuestros días no es raro considerar como envejecido, o, en expresión orteguiana, «periclitado», un libro o lucubración al cabo de diez, cinco o menos años de su aparición. Lo innegable es que nuestro historiador acudió a las mejores fuentes directas, con óptimos deseos de hallar y exponer la verdad, y que su obra marca un hito gigante en la historiografía hispanojudía.

En otro orden de cosas, diremos que a pesar de su probado y plausible catolicismo, Don José Amador de los Ríos se muestra absolutamente ecuánime e imparcial en sus juicios, a veces incluso severos para el bando cristiano o algunos de sus estamentos, como es el caso, bien manifiesto y palpable, al enjuiciar determinados aspectos del Edicto de expulsión promulgado por los RR. Católicos. Reiteradamente hace protestas de su preocupación por ser absolutamente verídico y objetivo en sus apreciaciones. Especial interés encierran al respecto los tres prólogos, titulados «Al lector», antepuestos a los tres libros que integran su **Historia**, a los que remitimos. «Animado de este noble anhelo de imparcialidad y de justicia —escribe al final del primero (pág. 8)—; armado, en cuanto lo consienten

mis fuerzas, con las armas de la independencia y de la verdad, saco, pues, a la luz del día este primer volumen». Y en el último párrafo del segundo: «A la luz de los documentos originales cuya autenticidad es indubitable, hemos procurado en cambio, evitar de igual modo las sirtes de interesada parcialidad y los abismos de mal apagados odios (pág. 272). Y, como colofón, en el tercero: «Mucho holgaría ciertamente de haber sabido conservar en tan difícil epílogo, así como en la realización de toda la **Historia**, el noble galardón de la imparcialidad que me granjearon aún de bocas parciales e interesadas, mis **Estudios** de 1848» (pág. 555). Se refiere a algunos testimonios aludidos en el primero de dichos prólogos, v. gr. el del doctor Philipón, rabino de Magdeburgo, quien calificó esa obra de «enteramente imparcial», y el del historiador francés «señor de Tourtoulon, refiriéndose al concepto crítico formado sobre los mismos (con) las siguientes palabras: «El cuadro del estado de los judíos en Castilla durante la Edad Media ha sido trazado por Amador de los Ríos con una imparcialidad y un talento que no han vacilado en reconocer con entera justicia los escritores de pueblos y religiones diversos» (pág. 4).

Como una anticipada respuesta a alguna de las antedichas observaciones críticas decía en el primer prólogo de su **Historia**, al presentarla, frente a los anteriores **Estudios**, como una obra «enteramente nueva». En ella, añade, «he procurado penetrar en todas las esferas de la vida del pueblo israelita, no contentándome con reconocer simplemente sus externas relaciones en orden al pueblo cristiano» (pág. 6).

A mayor abundamiento, diremos que al final del prólogo al III libro, aludiendo sin duda a los documentos varios, edictos y listas de «matanzas ejecutadas en los judíos y conversos de los dominios ibéricos durante la Edad Media, que incluye entre los apéndices, prorrumpe en unas frases hondamente emotivas —el autor era poeta, además de historiador—, que le arranca el dolor y la entrañable simpatía hacia el pueblo proscrito, sobre sucesos que en sus «ensayos de 1848 había recorrido con plata ligera», y ha ampliado notablemente en su **Historia**, «para contemplar con mayor despaño esas lastimosísimas moradas del dolor y de la desesperación, no sin ponerme alguna vez al riesgo de perder la severa serenidad del historiador y del filósofo, a la contemplación de semejantes espectáculos» (pág. 555). Más no se puede pedir.

Con respecto a esta materia, tan importante para la elucidación histórica y debida apreciación de los historiadores, aunque polarizadas en nuestro caso, permítasenos una digresión, de carácter general, a modo de breve **excursus**.

Uno de los escollos con que a menudo tropieza el investigador consiste en los posibles errores, lapsus o aseveraciones equivocadas, o simplemente imprecisas e inexactas, en las fuentes, obras o documentos por él consultados en su laborioso quehacer, con lo cual puede resultar que ciertas falsedades o juicios desacertados y hasta injustos se van arrastrando en los libros, de generación en generación, hasta que llega un erudito, especialista o mejor documentado, capaz de enmendar esos yerros. Todo esto puede ocurrir en grande o pequeña escala, pero es frecuente, aparte de las generales limitaciones humanas, en quienes, por la índole de su trabajo, han de reducirse a transcribir inconsiderada o simplemente a ciegas, en sus propios términos, las opiniones y aseveraciones ajenas. Esto ha ocurrido cabalmente en algunos aspectos, al enjuiciar el mérito, orientaciones y criterios en los trabajos históricos y literarios de Don José Amador de los Ríos, y por ello nos hemos creído en el deber de rectificar algunas, a nuestro juicio, falsas o erradas imputaciones.

Insistimos en que el oficio de historiador sereno, imparcial, incorruptible amante de la verdad, máxime en determinadas circunstancias o tesitura, como es nuestro caso, es en verdad difícil, y quizá no esté fuera de lugar recordar que quienes arguyen de parcialidad a un historiador, pueden tal vez estar ellos mismos movidos por análogo sentimiento, de signo contrario. Baste lo dicho.

Sobre el indicado segundo tipo de censuras formuladas a nuestro autor, no negaremos, ya que en otras ocasiones la hemos señalado, cierta «exuberancia fraseológica», como anteriormente dijimos, característica del notable literato y profesor de Literatura española que fue Don José Amador de los Ríos, que bien podríamos tildar de «castelarina» (aunque Castelar era 14 años más joven que Amador), con lo cual dicho está es un reflejo del gusto prevalente en la época, de un ritmo vital marcadamente opuesto al de nuestro tiempo y que podría calificarse no ya solamente de «lento» sino hasta **maestoso** en el caso que nos ocupa. Reconocer esa u otras peculiaridades nos parece una actitud discreta y aceptable; pero abominar de ellas, simplemente por su notoria disparidad, entra en el pecado capital de la crítica histórica, tan frecuente como desatentada en nuestros días, o quizá en todo tiempo, de juzgar hechos, modos y modas pretéritos con criterios actuales, es como «echar vino nuevo en odres viejos». Aún siendo digno de admiración el estilo **densus et brevis** de un Salustio, y mucho más el de Tucídides o Tácito, tampoco sería el más adecuado para la narración histórica en nuestros días, como no lo sería componer un largo poema en pesadas octavas reales o tercetos.

Aun diremos más. Si alguien emprendiera la comprometida labor, que un erudito judío, amigo nuestro, indicaba como conveniente para obviar ese supuesto defecto en *Amador de los Ríos*, de compendiar en un solo tomo los tres en que se reparte su **Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal**, habría de verse muy perplejo, y, con toda probabilidad, renunciaría a tan ardua tarea, de problemática utilidad, por otra parte, además de irreverente, antes que dejar descarnada la florida y substanciosa prosa del docto y elocuente historiador.

VALORACION ACTUAL DE LA OBRA HISTORICA HISPANOJUDIA DE AMADOR DE LOS RIOS

Como epílogo del presente estudio, en base a una justa y certera apreciación de la obra cumbre, y su precursora del personaje en quien hemos contemplado una solamente, aunque quizá la más destacada, de sus numerosas y llamativas facetas, y por vía de orientación práctica para cuantos se dedican a esta rama de la cultura hispánicas en mayor número cada vez aunque no siempre con la debida preparación, cumple formular un juicio sereno e imparcial acerca de los valores que hoy día tiene aún dicha **Historia** y restante aportación en ese campo, de tanta relevancia en la historia y la cultura iberopeninsular del Medievo.

No puede negarse ni, que sepamos nadie ha discutido la magnitud de la empresa que representa la **Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal** y demás lucubraciones parejas de nuestro autor, así como los relevantes servicios que han prestado a la historiografía hispanojudía durante más de un siglo. Sus valores no han prescrito y siguen siendo un instrumento imprescindible para toda investigación seria en ese campo, en el que tan brillantes y copiosas aportaciones es de justicia señalar durante los últimos decarios.

La escrupulosa fidelidad con que el insigne historiador consultó las fuentes y el colosal esfuerzo que la elaboración de su obra atestigua, ahorran un trabajo que sería agotador y hasta descorazonador para los estudiosos e investigadores de esta tan compleja y complicada, por no decir comprometida, materia.

La perspicacia y erudición que los cultivadores de esta rama puedan y deban poner a contribución en sus tareas para la elucidación de determinados puntos, cuestiones, problemas, sucesos y personajes, contribuirán a aquilatar más y más los hechos y afirmaciones estampadas en la obra que nos ocupa, y así podrán construir sobre firmes basamentos el edificio

difícilmente finalizable de la Historia del Judaísmo iberopeninsular en sus diversas manifestaciones y riquísima temática.

Por nuestra parte, hace ya cerca de veinte años, espoleados por un ardor semejante al de nuestro admirado personaje, y con miras a realizar lo que él planeaba y no pudo llevar a efecto —nos referimos a la Historia literaria de los judíos españoles—, así como para atender a urgentes necesidades de la docencia universitaria en esta rama, esbozamos en nuestro **Manuel de Historia de la Literatura hebrea** un compendio de Historia de la Literatura hebraicoespañola, único en realidad existente en nuestro idioma, de que anteriormente hicimos mención, aparte de numerosos trabajos, unos de perspectiva general, como es **El legado del Judaísmo español** (Editora Nacional, Madrid, 1972) y otros de carácter monográfico, sobre el mismo tema, durante bastantes años de plena dedicación al estudio y docencia de esta especialidad.

Por lo que a la historia de los judíos españoles en general se refiere tomando como punto de partida la **Historia de Amador**, diríamos que en todos los avances posibles dentro de este campo habrá de servir a modo de base y cimiento. Como trabajo previo necesario, se han ido efectuando numerosas aportaciones parciales, de mayor o menor alcance, y variable mérito también, por profesores e investigadores extranjeros y nacionales —alguna parte nos ha cabido también en estas tareas, digámoslo sin falsa modestia—, como apreciables materiales para elaborar, en su día, y por quien se sienta con ánimos para tal empresa, una nueva Historia de los judíos españoles y otra, más completa que nuestro citado compendio integrado en dicho **Manual**, de los egregios escritores hispanojudíos, que tan brillante literatura supieron crear en los seis últimos siglos de la permanencia judía en nuestro suelo, y aún en los cinco siguientes (por obra de los expulsados sefardíes y sus gloriosos descendientes).

No llegó Don José Amador de los Ríos a formar lo que hoy se llama «escuela», ni tampoco lo pretendió, en esta rama histórico-literaria del Judaísmo hispano, como tampoco lo consiguió en realidad, pese a su voluntad tesonera, el infatigable y apasionado hebraísta Don Antonio M.^a García Blanco, en el campo de la Filología hebraica; pero no hay duda que nuestro personaje fue el iniciador en dichos estudios y llevó a cabo una labor estimabilísima de la que tantos nos hemos beneficiado.

También es de justicia, en esa línea, reconocer la parte no exigua que a Don José Amador de los Ríos cabría en la orientación hacia el orientalismo que se advierte en la aportación, siquiera fuese limitada, de su hijo Rodrigo, y la mucho más copiosa, variada e importante de su yerno Don

Francisco Fernández y González.

El primero (nacido en Madrid, 1843 y muerto en la misma ciudad, 1917) fue escritor, historiador, abogado, del Cuerpo facultativo de Archivos, profesor en la Facultad de Derecho y en la Academia de Jurisprudencia. «En sus obras —consigna la Enciclopedia Judáica Castellana— que tratan de monumentos artísticos de Toledo, se ocupa de temas judíos», e igualmente en algunos otros trabajos que vieron la luz en la **Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos** (1904 y 1911), así como en «la obra, muy interesante para el estudio de las mezclas raciales en España, **Libro verde de Aragón** (**Revista de España**, t. CV y CVI).

El segundo (1833-1917), catedrático en las Universidades de Granada y Madrid, fue «hombre de erudición asombrosa, conocedor a fondo de lenguas clásicas y orientales; sus obras abarcan los dominios más diversos de la Historia y la Literatura» (**Historial de la Fac. de F. y L. de Madrid**), entre las que se destacan varias de tema netamente judaico al lado de otras de asunto semítico u oriental. Fue un escritor muy prolífico y polifacético, al igual que en su variada docencia, de las más variadas disciplinas hasta su definitiva adscripción a la cátedra de Estética de la Universidad matritense.

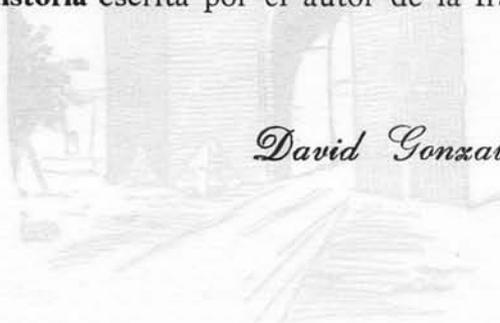
En realidad, quien debe ser considerado como auténtico patriarca del Hebraísmo hispano contemporáneo es el presbítero valenciano Don Francisco Orchell, catedrático de Hebreo en los R. Estudios de San Isidro, en Madrid, por oposición, desde 1799, y fallecido en 1834, «sabio maestro de lengua hebrea, a quien y a su discípulo el señor García Blanco se debe la regeneración de estos estudios en nuestra querida patria, más que a ninguno otro», se dice en la «Reseña histórica» antepuesta a la **Nueva Gramática Hebrea**, de Mariano Viscasillas (Madrid, 1895, pág. CVIII). Puede verse asimismo, el interesante artículo que recientemente dedicó a Orchell el Prof. Pascual Recuero en **Miscelánea de Estudios Arabes y Hebreicos** (vol. XXV, 1976, 2.º fasc.º, pp. 61-93).

Digamos, finalmente, sin censura para nadie, que los hebreistas españoles, numerosos en los cinco últimos siglos y aún hoy en cuantía apreciable, siempre han sido a modo de «Robinsones», independientes, cuando no hostiles entre sí, sin apoyo oficial, o con escasísima ayuda (salvo el caso del Instituto Arias Montano, del CSIC), a pesar de lo cual algunos de ellos han realizado una aportación muy valiosa y hasta de cierta resonancia en España y el extranjero.

Terminaremos diciendo que en esta vasta y seductora panorámica, contemplada con mirada retrospectiva, y en proyección futura, la Historia

de los judíos iberopeninsulares, obra cumbre de Don José Amador de los Ríos, marcará siempre un hito destacado, casi con honores de bandera para los investigadores. Es un mérito que nadie podrá arrebatarse, y que importa enarbolar y proclamar como blasón nacional, que sirva de poderoso estímulo a las presentes y futuras generaciones. Una vez más repetiremos que la historia de los judíos españoles, al igual que la de los hispanomusulmanes, es nuestra propia historia plurisecular, nuestra Edad Media, con las obvias consecuencias en las siguientes, de la cual no podemos desentendernos.

Como afirmó nuestro insigne historiador, al que hemos querido ofrendar este pequeño homenaje de gratitud, admiración y justicia, con ocasión del primer centenario de su muerte, en la introducción de su **Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal**, cuya composición es la mejor demostración de su aserto: «La existencia del pueblo hebreo en el suelo español fue realmente útil al desarrollo de la civilización española», hasta tal punto que, como empieza diciendo dicha Introducción, «difícil será abrir la historia de la Península Ibérica, ya civil, ya política, ya religiosa, ora científica, ora literariamente considerada, sin tropezar en cada página con algún hecho o nombre memorable relativo a la nación hebreá». De ningún país del globo podría estamparse una afirmación tan rotunda, y la **Historia** escrita por el autor de la frase es el más fehaciente testimonio.



David Gonzalo Maeso